

Entre Cavernas. De Platón al cerebro pasando por Internet

JAVIER ECHEVERRÍA

Editorial Triacastela, Madrid, 2013, 188 pp.

ISBN: 978-84-95840-84-4

Cuando nos aproximamos a un texto de Javier Echeverría siempre esperamos encontrar, al menos desde que publicó *Telépolis* en 1994, hace 20 años, un mundo de reflexiones acerca de la nueva realidad social que viene dada por el uso y la presencia de las nuevas tecnologías. Sin embargo, en esta nueva publicación Echeverría —como él mismo nos dice— vuelve a la filosofía.

El contenido del libro se despliega en diez capítulos; en el último, el Epílogo, deja claro el motivo de donde partía este libro: «un comentario a dos frases de Deleuze sobre Leibniz: el mundo es «infinitamente cavernoso» porque «siempre hay un pliegue en el pliegue, como siempre hay una caverna en la caverna». Deleuze tiene razón, empíricamente hablando. Sin embargo aquí hablamos de una pluralidad de cavernas, no de una multiplicidad, ni mucho menos de una infinitud. No es lo mismo» [p. 185].

Si la metáfora del título nos retrotrae a Platón, en su interior nos encontramos de modo fundamental a Leibniz, y ese aspecto de la topología que Echeverría siempre ha exaltado, la frontera. No va a interesarse sólo por el interior y el exterior de las cavernas, su riqueza se encuentra también entre ellas.

Como punto de partida nos señala que seguimos siendo hombres y mujeres de las cavernas, que «el mundo se compone de sucesiones de cavernas espacio-temporales, cada una de las cuales conforma un microcosmos» [p. 12]. En la alegoría del mito cavernario platónico los hombres eran esclavos que no habían recibido educación. Las cavernas actuales ya no serán formaciones geológicas, sino las construidas por la cultura y por la mente, y será en estas cavernas en las que Echeverría cuestione la realidad del mundo, como ya hiciera Descartes. El lugar del filósofo será la boca de la caverna y la búsqueda del conocimiento de uno mismo.

Las nuevas tecnologías, Internet fundamentalmente, han originado una caverna global, pero aquí si están identificados quienes mueven los objetos artificiales, serán los que él llamó *Señores del Aire*. Esta caverna se caracterizará por no tener objetos, sino que todo se representará por signos, será una caverna semiótica.

En el capítulo 2 Echeverría nos adentra en las cavernas literarias, específicamente en *El Quijote*. El libro de Cervantes es una excusa para adentrarnos en la tesis prin-

cial del libro, «siempre hay una caverna en la caverna» [p. 41]. Quijote, Sancho y los otros personajes pertenecen ahora a la caverna del cerebro humano, pero no menos que el propio Cervantes. Puede decirse que se sale de una cueva para entrar en otra. En la segunda parte del Quijote hay personajes reales que entran a formar parte de la historia literaria (los duques aragoneses que protagonizan con Sancho la historia de la ínsula Barataria), Sancho alcanza un protagonismo que no tuvo en la primera parte y Cervantes deja morir a Quijote al final de la historia. La aparición del Quijote de Avellaneda obligó a Cervantes a modificar su propio Quijote.

El leibnicianismo de Echeverría se hace patente en el capítulo 4: «en este libro negaremos el dogma unitarista, típicamente platónico, según el cual todo está ordenado en torno a lo uno, independientemente del nombre ulterior que le adjudiquemos: realidad, naturaleza, historia, dios, ..., hablaremos de esos temas, pero poniéndolos en plural: realidades, naturalezas, historias, dioses. Este libro tiene autores, no un autor» [p. 72].

Leibniz rechazaba la unicidad, el mundo debía de ser plural y además en cualquiera de sus escalas, tanto a nivel macro como micro. Esto le enfrenta a casi todas las corrientes filosóficas, que se han caracterizado por su interés en la unicidad. Echeverría así lo manifiesta, «el pluralismo ontológico es el punto de partida de este libro, por eso decimos que hay realidades, no una Realidad Única» [p. 73].

Pero no hay que dejarse engañar, el discurso de Echeverría prepara el camino para adentrarnos, filosóficamente, en lo que va a constituir la mitad del libro, donde engarza el papel de las nuevas tecnologías, las TIC, con la metáfora de la caverna. El capítulo 5 lo dedica a las tecnocavernas, terminología propia de Echeverría desde que publicara *Telépolis*. Aquí aparecen todas las tecnologías de la era actual, no sólo internet, desde la televisión digital a los móviles, las gafas estereoscópicas o al dinero electrónico. Estas nuevas realidades virtuales conforman nuevas cavernas. Desde su aparición asumimos que se han transformado las sociedades, pero olvidamos algo fundamental, la transformación de los valores que se ha producido, a la que Echeverría si ha dedicado mucho tiempo: es necesaria una axiología.

Los tres entornos que dibuja Echeverría también serían cavernas. El primero de ellos sería el de la naturaleza (*physis*), el segundo sería el de la *polis* (ciudad); los seres humanos pensamos que este entorno es completamente real, lo hemos construido nosotros, las casas, las calles, lo presuponemos estable y duradero. Este segundo entorno se superpone al primero, sin eliminarlo, el cambio del primer al segundo entorno no ha supuesto grandes cambios en la estructura sensorial del ser humano, aunque sí en los estímulos externos [p. 110]. El espacio electrónico (mundo digital), en el que están todas las tecnologías ya mencionadas antes —y otras más que todos conocemos— que, en su conjunto, han transformado tanto la producción como la distribución y los flujos de información es un espacio tecnosocial que Echeverría califica de tercer entorno o tercera caverna. Una de sus características principales es

la que permitirá la acción en él, no sólo la contemplación. Como dice Echeverría «los seres humanos nos pasamos la vida de caverna en caverna» [pp. 115-116].

La existencia suele reducirse para nosotros a aquello que cae bajo nuestros sentidos, aquello que vemos, oímos o sentimos, distinguiendo entre los sentidos que nos permiten conocer fuera de nosotros y los que se producen en nosotros. El alcance que tengan es muy importante. Sin embargo, la caverna del tercer entorno ya ha experimentado la posibilidad de que el tacto y el gusto puedan experimentarse a distancia, estamos ante lo que Echeverría llama las rendijas sensoriales. Si queremos conocer «lo real» tendremos que ampliar y artificializar el sistema sensorial humano.

A las cuevas mentales le dedicará Echeverría el octavo capítulo del libro. Siguiendo con la metáfora empleada, es la caverna de cavernas. Nuestra capacidad es limitada para conocer lo que ocurre a nuestro alrededor, ya hemos dicho que estamos limitados a nuestros sentidos y a la interpretación que nuestra mente realice de la información que ha obtenido. A partir de ahí esa información se procesará con las «realidades» existentes en el cerebro que proceden del pasado, del presente y del futuro [p. 150]. El cerebro esconde una pluralidad de mundos.

Otro aspecto que aparece de forma constante en el libro es el de la caverna social. Echeverría pluraliza la autoría del libro hablando de autores, porque «toda autoría surge de una cueva plural» [p. 165]. Los aspectos sociales y culturales moldean nuestra mente, así las percepciones, las ideas o las palabras pueden ser instrumentos cognoscitivos que falseen nuestra percepción de los hechos. La mente prefiere lo positivo a lo negativo y el orden al desorden. Hay que distinguir entre los hechos y sus percepciones, así como entre los hechos y sus formulaciones en la lengua concreta. Hay que zafarse de los ídolos y no está de más recurrir al instrumento recomendado por Bacon, el lenguaje científico.

Echeverría enlaza nuevamente este problema con las TIC, «las paredes de la caverna de Platón están llenas de publicidad», que puede ser estática, dinámica o subliminal. De hecho se ha convertido en un lenguaje sofisticado que domina la caverna social y también la política: el elector ha pasado a ser cliente y las consignas políticas son mensajes publicitarios, la caverna política está controlada por la caverna mediática [p. 176].

Como dice el propio Echeverría en su Epílogo para cerrar el texto, en ese décimo capítulo, «el panorama cavernario esbozado ha sido diverso e incluso abigarrado». La metáfora de la caverna de Platón planteada por Deleuze acerca de unas frases de Leibniz ha llevado a Echeverría a realizar este recorrido más minucioso de lo que en principio pudiera parecer y en el que la filosofía, pero una filosofía con adjetivo, como gusta al autor, impregnan el texto. En suma, un libro muy interesante, que provoca una honda reflexión en cada uno de sus apartados.

Cándido Martín Fernández
Universidad de Cádiz